

dres, quizás una de las más largas, que no reproduciré entera, pero que necesito transitar brevemente.

«Queridísimos padres: paso a hablar de vuestra visita, que a veces mencionáis en las cartas. Cada día medito sobre ello, pues es para mí un asunto importante. Sería muy hermoso, hace ya mucho que no estamos juntos (...) beber juntos «un buen vaso de cerveza», como decís en vuestro escrito, de lo que deduzco que padre no tiene muy buena opinión del vino nuevo de aquí (...) pero son demasiadas las cosas que hablan en contra de vuestra visita. En primer lugar, probablemente padre no podrá venir por las dificultades del pasaporte. Esto le quita naturalmente una gran parte de su sentido a la visita, y sobre todo hará que madre, sea quien sea la persona que la acompañe, esté demasiado pendiente de mí, se dedique a mí, y yo no estoy aún muy guapo, ni siquiera presentable (...) sólo ahora, con la ayuda de Dora y Robert (¿qué sería yo sin ellos?), voy superando todas esas debilidades (...) todo está, como he dicho, en los mejores comienzos, pero ni siquiera los mejores comienzos son nada, si uno no puede mostrar a los visitantes —y sobre todo a unos visitantes como vosotros— unos progresos grandes, innegables, comprobables también para los ojos del profano, entonces es mejor dejarlo. Así, pues, mis queridos padres, ¿no os parece que por el momento lo dejamos?». Esta última carta no pudo ser finalizada por Kafka. Agrega Dora: «Le quito la carta de las manos. Ha sido una gran hazaña, con todo». Después de la visita del médico, escribe Kafka: «De modo que la ayuda se aleja de nuevo sin ayudar». Y aún es capaz de bromear: «Infinita cantidad de esputos, cómodo y tranquilo dolor por la mañana, en la confusión me pasó por la cabeza la idea de que por esta cantidad y esta facilidad merezco de algún modo el Premio Nobel». Y finaliza diciéndole a Dora: «Pon tu mano un minuto sobre mi frente para darme valor».

A las cuatro de la mañana del 3 de junio respiraba tan mal que Dora llamó a Klopstock, quien despertó al médico. Pusieron a Kafka una inyección de alcanfor y le colocaron una bolsa de hielo en la garganta. Él pidió morfina, diciéndole a Klopstock: «Me la has estado prometiendo durante cuatro años. Me estás torturando, y siempre lo has hecho. No voy a dirigirte más la palabra. Así voy a morirme». Tras haberle puesto dos inyecciones, dijo: «No me engañes. Me estás dando un antídoto.

Mátame, o eres un asesino». Cuando le administraron *Pantopon*, se mostró complacido: «Es bueno, pero más, más, no me ayuda». Luego perdió lentamente la consciencia. En ese momento Klopstock le estaba sosteniendo la cabeza y él pensó que era Elli, su hermana: «Vete, Elli, no te acerques tanto, no tanto». Tenía miedo de contagiarla. Klopstock se apartó ligeramente. «Sí, así es mejor». Luego, juntó todas sus fuerzas para arrancarse la bolsa de hielo y arrojarla al otro lado de la habitación. «No más tortura. ¿Para qué prolongarla?» y cuando Klopstock parece alejarse de su lado levemente, dice: «No te vayas». Al responder su amigo: «Es que no me voy», Kafka responde: «Pero yo sí me voy». Era el final.

Kafka falleció el martes 3 de junio de 1924. El 11 de junio fue enterrado en el cementerio judío de Straschnitz, Praga. Las palabras de despedida fueron de Max Brod. Dora, arrojada sobre su tumba, se desvaneció. Días antes había cubierto con su cuerpo el cuerpo de Kafka para que no lo agravaran la lluvia y el viento. En ese momento el padre de Kafka se dio media vuelta y el gesto puso el cortejo en movimiento. Según testigos, nadie atendió a Dora.

«Estoy leyendo un libro chino... sólo trata de la muerte. Un agonizante yace en el lecho, y con la independencia que le confiere la proximidad de la muerte, dice: "Me he pasado la vida defendiéndome del placer". Un alumno suyo se ríe de él porque sólo habla de la muerte: "Siempre estás hablando de la muerte y no acabas de morirte". El agonizante responde: "Ya verás que sí. Precisamente estoy recitando mi aria final. Unas duran más y otras menos, mas la diferencia es sólo cuestión de pocas palabras"» (carta a Milena). «Acaso no tengamos que privarnos de tantas cosas, pero Josefina, redimida de la miseria terrena que, según su opinión, está reservada a los elegidos, se perderá alegremente en la innúmero multitud de los héroes de nuestro pueblo y pronto, ya que no estudiamos historia, cada vez más redimida, será olvidada como todos sus hermanos» (*Josefina, la cantante*). «Se abrazaron; el cuerpo menudo ardió bajo las manos de K.; él sintió como un vértigo del que intentó salvarse, empeñosa pero vanamente; rodaron unos pasos, golpeando sordamente contra la puerta de Klammm, y luego quedaron ahí, tirados, en medio de los charcos de cerveza y toda clase de inmundicias de que el piso estaba cubierto» (*El Castillo*, pág. 52).

En la carta n.º 32, 2 hojas dobles de 22 × 14 cm. las caras 1, 3, 5, 6 y 7 escritas a tinta, hay un final añadido a lápiz por Otla: «Escrita el lunes 2 de junio de 1924, fallecido el 3 de junio de 1924». Lleva adjunto un sobre roto donde figura este añadido: «La última carta de nuestro querido hijo», manifiestamente de mano de la madre. Y de la frase «Cuando padre me llevaba consigo a la Escuela Civil de Natación» escribe Brod: «Piensa mucho en su padre, en las visitas que hacía con él a la instalación de baños, en comidas y bebidas abundantes»; y cuenta Dora que le cuenta Franz: «Cuando yo era pequeño y aún no sabía nadar, iba algunas veces con mi padre, que tampoco sabía nadar, a la sección de no nadadores. Luego, desnudos, nos sentábamos cerca de la barra del bar, cada uno con una salchicha y medio litro de cerveza. Mi padre solía llevarse las salchichas de casa, pues las de la Escuela de Natación eran caras».

¿Qué más agregar? El cruel invierno berlinés, su propia precariedad, la carestía de esa urbe hambrienta y convulsionada por la guerra civil, no impidieron que Kafka se obstinara en residir allí junto a Dora, su ingenua y entrañable ilusión. Pese a las cartas de sus amigos — que intentaban convencerlo de regresar a Praga— Kafka se negó a sustraerse de aquella «independencia» macabra. Sólo su tío, «el médico de campo», puede convencerlo finalmente. Pero Kafka ya no es el mismo: refugiado en un silencio tenso, medido, absolutamente voluntario (estas cartas delatan, entre líneas, tal obstinación), nuestro querido Odradek puede apuntar: «En realidad, todo está en calma a mi alrededor, por lo demás, demasiado en calma». Ese Kafka ya no teme a la muerte: ha vencido a su fobia más profunda. Su actitud es una sola: esperar en silencio el acontecimiento. Los últimos días ni siquiera susurra, salvo en súbitos instantes. No obstante, escribe. Y escribir —son sus palabras— es abrirse a la desmesura. ¿Se trata, allá, en lo hondo, de una reconciliación con la vida? Quizás, *El habitante de los sótanos*, como solía llamarse a sí mismo en las cartas a Felice, aún cree en la luz. «Para escribir necesito aislarme, no como un ermitaño sino como un muerto. Escribir en ese sentido es un sueño más profundo, por tanto una muerte, y así como a un muerto no se le sacará de su tumba, así tampoco se me podrá retirar de mi mesa por la noche (...) sólo así puedo vivir». Su eterna lucha es justamente ésa: hay que morir para seguir viviendo.

Cuando Kafka pide la autorización del rabino Gerer para casarse con Dora, éste responde con una negativa. Otra vez la ley no lo autoriza. Por eso debe vivir fuera de ella, con Dora, transgrediéndola. Hay siempre un límite. Y un abismo. La negativa del rabino es una más: sólo la que precede a su muerte. «El mundo prodigioso que tengo en la cabeza. Pero, ¿cómo liberarme y liberarlo sin destrozarme? Y preferiría mil veces destrozarme antes que retenerlo o enterrarlo dentro de mí. Que para eso estoy aquí». Y agrega en ese párrafo de su *Diario*: «Eso me parece evidente». Su siempre amor postergado, su extrañeza en medio de su familia, el celibato «decretado por Dios», la hostilidad del mundo, la acechanza de sus propios fantasmas, la enfermedad y el insomnio, la residencia estable como un delirio crónico, fueron las maneras que adoptó el absurdo. Escribir fue su respuesta. Las infinitas dilaciones que expresan lo inalcanzable no pudieron con él. Si en un extremo del escenario había un Dios silencioso, lejano, incógnito y terrible, del otro lado un hombrecito sabía que para enfrentar a ese Dios, llamarlo, invocarlo y quizá vencerlo, necesitaba de ese solo instrumento, de esa sola arma: escribir. No son los sentimientos de Kafka ni sus tribulaciones los que importan: son los acontecimientos irreductibles. Por eso, quizá por eso, por lo irreductible, es que Kafka escribe. Como en su personaje de *El Proceso*, cuando llega la muerte, Kafka no ha logrado saber nada, salvo que testimoniar esa ignorancia, escribir esa nada, es su última y deseada justificación, su definitiva redención, él, que no creía en ella. «Antes yo no comprendía por qué no recibía ninguna respuesta a mis preguntas. Hoy no comprendo cómo podía creer que podía preguntar. Pero yo no creía en absoluto, solamente preguntaba», escribe en su aforismo 39. Como su viejo antepasado praguense, el rabino creador del Golem, lo que importa es la pregunta: «Yo tengo la respuesta, pero, ¿usted tiene la pregunta?». Quizá, por eso, en su última carta a sus padres, el final —cuando Dora le arranca el papel de las manos— está inconcluso, como un gran interrogante. Hay una frase introductoria, donde parece que Kafka quiere decir algo urgente, y dos puntos: luego, nada. Un papel en blanco: ese desafío metafísico.

Arnoldo Liberman

Victoria Ocampo a través de su *Autobiografía*

Il n'y a d'unions à jamais légitimes que celles qui sont commandées par une vraie passion.

Stendhal *De l'amour*

I

En ocasión del centenario del nacimiento de Victoria Ocampo, Alianza Editorial ha tenido la feliz idea de publicar, en una colección divulgativa, una muestra antológica de su *Autobiografía**, aparecida póstuma, nada menos que en seis volúmenes, entre los años 1981 y 1984. Con ella, se rinde homenaje a una mujer, hoy apenas conocida, que adquirió en la sociedad de su tiempo una relevante notoriedad y significado, sea por lo insólito de su actitud personal y social, sea por la magnitud y características de una tarea cultural que tuvo el mérito de catalizar la actualidad inmediata y de proyectarse en un radio de dimensiones cosmopolitas.

Esta autobiografía, reducida a sus mínimos términos por exigencias de la colección, de buen seguro habrá presentado a su ilustre compilador y prologuista, Francisco Ayala, no pocas dificultades. No es tarea fácil elegir unas pocas páginas de un texto que abarca la larga existencia de su autora (1890-1979), y que despliega con profusión de detalles las múltiples facetas de su vida y de su espíritu. Ante la imposibilidad de ofrecer un panorama de los mismos, el autor ha optado por mostrar los aspectos

más personales e íntimos de la vida de Victoria Ocampo, focalizando el relato de la infancia y de la juventud, y renunciando a una parte importante, acaso la más significativa desde el punto de vista cultural e histórico, de la que fue prolífica escritora e infatigable promotora de la cultura: su personalidad madura, la plenitud de su vida profesional y pública, su inserción plena y triunfante, no exenta de dificultades y hostilidades, en un mundo que en estas páginas se vislumbra apenas como mera aspiración y meta, y —pese a lo que se afirma en el prólogo— su relación con el mundo de las letras y de la cultura, tal vez más conocida o en cualquier caso más fácilmente cognoscible a través de otros escritos de la misma Ocampo, como *Testimonios*, y sobre todo la revista *Sur*, donde es posible rastrear y recomponer los intereses y opciones culturales de su creadora y la presencia de aquellas personalidades del mundo intelectual de la época que más le interesaron y atrajeron. En ese ámbito, Ayala se ha limitado a ofrecernos unas pocas páginas que permiten entrever los futuros contactos de la autora con Ortega y Gasset, acaso por ser la parte que se refiere a España y por el peso que ejerció su influencia en la creación de esa revista que se proponía «reflejar América para el mundo y el mundo en América» y a la que Victoria dedicó su inteligencia, su entusiasmo y su tesón proverbiales. Pero aun así, más que las efectivas relaciones intelectuales que hubo entre ellos, nos es dado presenciar los inicios de una relación que tendría un amplio desarrollo en años futuros pero que, por el momento, para el pensador español, tuvieron algunas implicaciones vagamente sentimentales, y para la joven y aún incierta y titubeante Victoria, representaron el espaldarazo decisivo que necesitaba su obstinada vocación para ponerse en marcha.

Pese a su brevedad, la presente antología, si bien no nos permite pasear la mirada a lo largo del siglo XX, como dice Ayala de la *Autobiografía* tomada en su conjunto, nos proporciona una imagen muy clara de la personalidad de su autora y de la configuración de su escritura en el acto de rememoración y reflexión sobre sí misma que la constituye; ella nos devuelve intactos algunos aspectos esenciales de la obra completa: la importancia que otorga Victoria a la propia infancia y ado-

* Victoria Ocampo. *Autobiografía*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.